quatro dias, que no comia, y que estava casi muerto, quando esto sucediò. Quando bolviò en si, le dixeron algunas personas, que estavan presentes, que su amo Andres Hernandez le avia puesto encima, quãdo le viò tan malo, vn Abito, que fue del Padre Aparicio.

Domingo Perez Forte, Labrador en la jurisdiccion de Guexotzingo, en el pago de Santa Ana Xalmilulco, donde tenia su hazienda, por el año de mil seiscientos y tres sembrò vna cantidad de chile, y aviendo ido à negocios que tenia, à la Ciudad de *Mexico*, mandò su muger destapar los almasigos, que avian nacido, y como en esta ocasion cayessen grandes yelos, se perdiò todo lo mas del chilar, y alguno que quedò, estava tan desmedrado, que no esperando sacar fruto dèl, lo hizo destapar tãbien, porq̃ no se excalentasse, por ver si podia lograr alguna parte para semilla, y asi lo hizo regar algunas vezes; mas como viò que no medrava, lo dexò de cultivar como ya perdido, y con harto desconsuelo, porque podia ser de interès considerable. Estando, pues, durmiendo vna noche, sintiò, y viò entre sueños al Venerable Padre, el qual le llamava por su nombre (que avian tenido muy familiar amistad en vida) *Domingo, no tengais pena por el chile, tapadlo luego.* Por la mañana refiriò lo sucedido à su muger, y teniendo por verdadera la aparicion, y locucion se levantò, y hizo tapar el chilar: à los diez dias se puso tan crecido, y tan copado, que ninguno otro en todo aquel contorno se le aventajava, y se criò, y diò el mejor chile, que avia logrado, ni visto en treinta años, que avia sido Labrador, y el mejor que se cogiò aquel año en toda aquella Provincia, y repartiò dèl mucha cantidad à diversas personas, que lo estimavan como milagroso.

Conduze grandemente al aumento del credito, y opinion de santidad del Venerable Padre vn caso, que ante los Juezes Apostolicos depuso Juan Gutierrez de Guezca, vezino de la Puebla, diziendo, que Luis Gutierrez su hermano, à quien avia muerto vn rayo en vn campo, diez, ò doze leguas distante de dicha Ciudad, se apareciò à *Miguel* de Origuen muy amigo suyo, y asiendole del dedo pulgar de la mano izquierda, le dixo: *Conocesme?* El amigo, no sabiendo que era difunto, le dixo si te conozco. Pues sabed hermano (le dixo el difunto) que yo estoy en grã trabajo, y necessidad, y la tengo de que se me digan seis Missas en la Iglesia mayor en el Altar del Perdon, ò de las Animas, y otras quatro al Padre Aparicio, para que interceda por mi à Dios. Tambien rogareis à mi hermano ayude à favorecer à mis hijas, y muger, y que pague à fulano ocho pesos, q̃ le quedè debiendo, y haziendo esto por mi, hareis gran bien à mi alma. Y al partirse de su presencia, le dixo, que no le bolviesse à mirar, que le sucederia mal. Lo qual no cumpliò el inadvertido hombre, y faltandole el sufrimiento (como à la otra muger de Loth al salir huyendo de Sodoma) bolviò la cabeza, y le viò. Y cobrando grandissimo espanto de la horrenda vision, quedò sin sentido, y casi muerto, porque hizo vn espantoso, y desacostumbrado ruydo. Los de la casa, que dispertaron al estruendo, se levantaron con el temor, que les causò, y llegaron à la cama del dicho Miguel de Origuen, al qual hallaron fuera de la cama, caydo en el suelo, y privado de sus sentidos. Fueron à aquella hora à San Francisco por vn Religioso, para que lo confessasse, mas no pudo por entonces, hasta que passada la mayor parte de la noche, bolviò en si, y contò lo referido, afirmandolo con juramento. Algunos dezian, que avia quedado morado, y cardeno el dedo, de donde el dicho difunto le cogiò, como en testimonio de la verdad: prueba clara de lo mucho que vale en el Cielo la intercession de Aparicio, y de quan grandes son sus meritos; pues luego que muere, y en el proprio año, piden Missas en su sepulcro las Animas del Purgatorio.

Doña Maria de Figueroa, viuda de Garcia de Porras, enfermò de vn tabardillo gravissimo, y juntamente le sobrevino vn vehemente dolor en los oìdos, que se le abrieron, y las quixadas se le desencaxaron de manera, que le cabia vn dedo pulgar por las divisiones, que se le avian hecho, y por vna, y otra enfermedad estava desahuciada de los Medicos, y ya proxima à morir segun lo natural, mas enmedio de tantas afliciones se acordò del Venerable Padre Aparicio, y pidiò le traxessen alguna Reliquia suya. Doña Luzia de Aguilar, que oyò tal peticion, fue con mucho afecto, y le traxo vna partecita de la carne del Siervo de Dios, y vn paño tocado à su rostro. Recibiòla la enferma, y con

con mucha devocion se puso la dicha carne en los oìdos, y el paño se lo embolviò en la cabeza, pidiendo al Venerable Padre, rogasse à Dios nuestro Señor que le diesse salud, y quando ella esperava alivio, fue tan intenso el dolor que sintiò, que le pareciò, que le hazian pedazos la cabeza, y exclamando al Venerable Padre, dixo: *O Padre Aparicio, no merezco yo tanta merced, que me saneis.* Y dos hijas suyas, que alli estavan, como la vieron inquieta, y sin sossiego, le quitaron el paño de la cabeza (sin saber lo que era) y lo echaron sobre otra niña, que estava en vna cuna muy mala tambien de tabardillo; y se salieron fuera, quedando sola otra niña de ocho años, poco mas, ò menos, A poco tiempo la dicha enferma sintiò passos en la recamara, en que estava, è inclinando la cabeza, que la tenia hàzia la pared, viò con sus ojos corporales al Venerable Padre Fray Sebastian de Aparicio en la forma, y Abito, que le solia ver quando viuo, auiendo dos años, y medio que avia muerto, estando la enferma dispierta, y en su entero juizio, sin que se pudiesse atribuir à imaginacion, ò fantasma, porque real, y verdaderamente lo conociò. Y el Venerable Padre se llegò à ella, y le dixo: *Què es de tu paño?* Ella turbada de alegria respondiò, aqui està Padre mio; y yendo à buscarlo, retirò el Venerable Padre la mano dentro de la manga del Abito, è interponiendo la misma manga, puso la mano en el lado derecho del rostro de la enferma. O que exemplo tan admirable de recato, y pureza casta, ni aun difunto quiso poner inmediatamente la mano en la cara de vna muger, que estava para morir! Pues como se debe recatar de dar la mano à mugeres, que no estàn moribundas, el hombre que toda via viue en el mundo, y no siendo santo, ni aviendo muerto à sus passiones? La enferma recibiò tanto consuelo, que procurando que le durasse mas, quiso asirle para detenerle, y no hallò cosa palpable, y entonces el Siervo de Dios se desapareciò. La niña que avia quedado alli, y veìa hazer estas acciones à su madre, sin saber lo que estava sucediendo, diò vezes à sus hermanas, diziendo, que su madre andava tentando la cama, y asiendo del pilar della. Entraron las otras, y todas hallaron, à la que avian dexado proxima à la muerte, que estava ya buena, y sana, sin calentura, ni dolores, las orejas, y quixadas reduzidas à su lugar, y finalmente sin mal alguno, que le afligiesse. Lo qual causò grande admiracion, no solo en los circunstantes, mas en los Medicos, que la visitavan, los quales tuvieron el sucesso por milagroso, y se despidieron por que no avia necessidad de mas cura. A mas desto, para que el regozijo fuesse completo, y enteramente se diessen à Dios las gracias por todo; la niña atabardillada, sobre quien las otras avian echado el paño tocado al rostro del Venerable Padre Aparicio, desde aquel instante quedò buena, y sana, y la llevò la madre en su compañia al Convento de San Francisco, à hazer vna novena, que avia prometido à Dios nuestro Señor, en accion de gracias de la salud que le avia concedido por intercession de su Siervo.

Despues sucediò, que el mismo dia que se cumplia vn año, que avia padecido la dicha enfermedad, le repitiò otra vez el mismo dolor, con tanto rigor, y con los proprios accidentes, que antecedentemente; y estando en esta congoxa entrò su marido, y dixo, que avia llegado orden, y despachos, para que se hiziessen las informaciones de los milagros del Padre Aparicio, para solicitar su Canonizacion. Y entonces ella con grande fervor dixo: que le prometia al Venerable Padre de no comer bocado hasta ir à declarar, y publicar el milagro, que con ella avia hecho. Y luego in continenti se le quitò el dolor cō todos sus accidentes, y quedò libre, como si nunca lo huviera tenido, y luego que amaneciò, fue al Convento de San Francisco, y refiriò todo lo que le avia sucedido.

CAPITVLO XI.

De los muertos que resucitò Dios nuestro Señor por los meritos, intercession del Venerable Padre Aparicio, y por medio de sus Reliquias.

QVando llegaron aquellos dos Discipulos de San Iuan Baptista, à preguntar à Christo soberana vida nuestra, si era el Mesias prometido, que se estava esperando, les respondiò el Divino Maestro con las obras, para q̄ ellas fuessen el testimonio mas autentico de la Soberania de su Persona, diziendoles: Id, y referidle las cosas que aveis visto, y oìdo; dezidle que los Ciegos vèn, los Coxos andan, los Leprosos sanan, los Sordos oyen, y los muertos resu-

Euntes renuntiate Ioan. quæ audistis, & vidistis: Cæci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiūt, mortui resurgunt. Mat. c. 11

Amen dico vobis, qui credit in me, opera, quæ ego facio & ipse faciet, & maiora hōrū faciet. Ioan. c. 14.